

EL HÉROE DE UNA GUERRA DE 1.900 AÑOS

Una herejía antigua y especialmente malvada está volviendo a levantar cabeza.

SEAN FITZPATRICK • 1/7/2025

Hay muchos santos antiguos cuyas vidas parecen haber sido vividas para la época moderna, y cuya relevancia no ha hecho más que crecer con el paso del tiempo. Por esta paradoja, lo viejo se renueva en el sentido apocalíptico, o bien son reflejos de esa eternidad donde todo siempre es importante. O quizás simplemente el bien y el mal siguen siendo tan buenos y tan malos como siempre, y deberíamos buscar un paradigma bíblico menos emocionante, como «nada es nuevo bajo el sol».

Cuando se trata de santos antiguos que tienen la solución a nuevos problemas, probablemente se deba simplemente a que estos no son nuevos. Incluso algo como el movimiento de la Nueva Era es milenario. Al asomar su cabeza gnóstica en lo que parecen ser nuevas formas de fantasía feroz, hay un santo al que debemos recordar e invocar para combatir las heterodoxias que persisten incluso en nuestros días, aunque sean tan antiguas como el cielo.

Éste es el poderoso Ireneo, cuya festividad acabamos de celebrar, y cuya historia combativa contra la herejía gnóstica vuelve a cobrar vida en las guerras culturales actuales.

Ireneo fue un griego del siglo II, criado en la fe por San Policarpo. Fue ordenado sacerdote y luchó bajo la persecución del emperador romano Marco Aurelio en la Galia. Como defensor enérgico (y a veces feroz) tanto del clero como de la congregación, Ireneo recibió la misión de viajar al papa Eleuterio en Roma con advertencias sobre una nueva y extraña forma de herejía: el gnosticismo.

El gnosticismo era la creencia de que la creación es la obra malvada y retorcida de un demiurgo perverso. Los gnósticos fomentaban una especie de odio hacia el mundo físico y el cuerpo humano: la naturaleza, tal como el hombre la conocía, era irredimible, y la salvación consistía en escapar de la prisión material que retiene la chispa divina, el alma inmaterial, en todos los hombres. La liberación del alma resultaría en una experiencia de conocimiento, o la *gnosis*, la salvación gnóstica.

Incluso en el siglo II, la gente acudió en masa a la idea del conocimiento espiritual personal y ejerció el sincretismo gnóstico contra la naciente ortodoxia cristiana, los inicios de la tradición y el ascenso de la autoridad eclesial.

Y así, al amainar la persecución contra los cristianos, Ireneo lanzó su propia campaña contra los gnósticos. Cuando el obispo de Lyon fue martirizado, Ireneo recogió su báculo caído. Con una teología fulgurante, derribó el sueño gnóstico de la salvación secreta, alcanzada mediante el conocimiento secreto de los secretos olvidados del universo. Denunció sus extraños hechizos que pretendían liberar la mente hacia reinos superiores del ser.

Ireneo luchó con los gnósticos . Con su mente y espíritu prodigiosos, expuso que la ortodoxia es ortodoxa, que la tradición cristiana es tradicional y que la sucesión de los apóstoles es sucesión apostólica. En esto, Ireneo fue central al establecer el misterio del Dios trino y la continuidad de la Iglesia una, santa, católica y apostólica por encima de las extrañas divagaciones de la mente cósmica, el universo consciente y el demiurgo. Cuando los gnósticos citaron los misterios elevados del Evangelio de San Juan para sus propósitos, Ireneo utilizó ese mismo texto contra sus maravillas surrealistas, combatiendo el gnosticismo con tanta fiereza y profundidad que sus argumentos proporcionan gran parte de lo que se conoce sobre el gnosticismo hoy en día.

Ireneo fue uno de los primeros grandes teólogos y escritores eclesiásticos del cristianismo occidental. Defendió la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; sostuvo el misterio esencial de la naturaleza humana y divina de Cristo; promovió el propósito indispensable de los rituales eclesiásticos; enseñó que «la gloria de Dios es el hombre vivo», que la felicidad del hombre y la gloria de Dios son parte integral. Ya fuera la prisión del perseguidor o la sofistería del hereje, Ireneo resistió y rechazó a los enemigos de la Iglesia, para que esta mantuviera su posición y continuara difundiendo el evangelio hasta los confines de la tierra.

Esa misión continúa hasta nuestros días, y las batallas siguen siendo sorprendentemente similares. Se ha impuesto un nuevo gnosticismo, tan etéreo y erróneo como el anterior: el gnosticismo del relativismo y la verdad subjetiva, de la autodefinición y la autoexpresión, del conocimiento que es poder, de la tecnología transhumana y la robótica, del transgenerismo y la homosexualidad. La humanidad siempre ha anhelado que su conocimiento e inclinación sean, de algún modo, supremos y una fuente de iluminación redentora. La tergiversación y la reutilización de diversas filosofías e incluso teologías que prevalece hoy en día, con su peculiar capricho, libre de reglas y revelaciones estrictas, no es más que el seductor sedante de los gnósticos.

Si el Verbo no se hizo carne, como postula el gnosticismo, lo que queda es el ateísmo. El mundo material debe ser el principio y el fin, administrado y manipulado por el azar y no por Dios. La ciencia se convierte entonces en la clave para que el defectuoso reino material sea beneficioso para el hombre y para crear una utopía mediante la tecnología, moldeando todas las cosas según y por el intelecto humano, y haciendo del ser humano la deidad que salvará a la humanidad de los efectos malignos de la naturaleza. Especialmente en nuestros días, vemos cómo se aclama la tecnología como el medio para transformar la naturaleza y la sociedad humanas y traer paz a partir de la aleatoriedad y la incompletitud. Según esta perspectiva, la reconstrucción, y no la resurrección, es el principio.

La reutilización gnóstica del sexo (o "género") está especialmente extendida hoy en día para lograr algún tipo de igualdad (o quizás equivalencia) en la desesperada búsqueda de sentido de la sociedad secular. El sexo biológico es un obstáculo para la libertad, el deseo propio y la autoexpresión, una frontera que relega y restringe. Juegos mentales, ideologías corporativas y tecnologías invasivas se están aprovechando para trastocar las normas arraigadas y alcanzar un estado de ser "individualizado" sin límites ni restricciones. Este es el impulso gnóstico — liberarse del mundo material— y ha dado lugar a un rechazo de las razones que rigen los estándares y roles, como el masculino y el femenino. Los actos sexuales por placer, o según trastornos, y las psicosis dismórficas de género se sustentan en una actitud gnóstica de reconstrucción de la naturaleza y la sociedad como la obra en progreso que son. Después de todo, la naturaleza es fundamentalmente defectuosa y necesita la corrección de la ciencia y los valores modernos, en lugar de la bendición de la espiritualidad ancestral y las virtudes tradicionales.

Esta es la era de los nuevos gnósticos: la era del descubrimiento del yo interior, del dios interior, donde la psicología reemplaza a la teología, los sueños a la doctrina, la experiencia a la exégesis y la persona a la institución, en un intento por consagrar la importancia del yo sin la importancia de Cristo. Este es el mundo gnóstico de sentimientos, cariño, inclusión, diversidad y una asexualidad feminizante y sutil que se centra en actitudes narcisistas en lugar de la verdad objetiva y el único Dios.

Está en todas partes. Es la misma guerra a la que Ireneo se unió hace mil novecientos años en la Tierra. Y la sigue librando desde el cielo.

Desde sus inicios, la Iglesia ha enviado héroes para llevar la cruz de Cristo y anunciar la buena nueva; héroes que se aseguraron de que la cruz siguiera siendo de Cristo y la buena nueva siguiera siendo buena. Esta evangelización fundamental fue emprendida con gran fuerza por Ireneo, esta figura imponente del siglo II, quien, aunque su nombre significa "pacífico", es recordado como un ejército de ángeles en guerra contra las herejías.

Ireneo, patrono de la cordura, nos guiará aún a través de la locura de nuestros tiempos y nos defenderá de las herejías que acechan a la civilización. La gloria de Dios es el hombre vivo, y así vivamos como hombres, como la naturaleza y el Creador lo dispusieron, y demosle la gloria que le corresponde, y solo suya.